

Mensaje 2

Los verdaderos adoradores

En la era del Nuevo Testamento

Experimentar al Dios Tri-uno para nuestra adoración

No sólo adoramos a un Dios verdadero de manera objetiva, sino que tenemos una relación maravillosa con El. Él no sólo es nuestro Creador, sino también nuestro Padre, quien nos ha regenerado. Pedro dice: *“Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según Su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos”* (1.P. 1:3), y Juan también dice, que ahora somos hijos de Dios: *“Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios”* (1.Jn. 3:1). Nuestra relación con el Padre es una relación dulce y amorosa.

La relación entre el Padre y el Hijo, para nuestra adoración

Nada puede expresar esa relación mejor que la relación que tuvo Cristo con el Padre cuando estaba en esta tierra, una relación de amor y obediencia. Tanto fue así que el Padre dijo: *“Este Mi Hijo Amado, en quien tengo complacencia”* (Mt. 3:17). Y al mismo tiempo, el Hijo declaraba que todo lo que hacía en la tierra era por el Padre, y para Su gloria. Él le era obediente y le agradaba en todo. Esta es una relación de amor maravillosa, de igual manera, ésta debe ser también nuestra relación con nuestro Padre celestial.

Hace algunos años, en Hong Kong, compartí sobre el evangelio de Juan, y le dije a los hermanos que este es verdaderamente el evangelio del Padre, porque en este evangelio en particular, Juan habla mucho sobre el Padre. Incluso cuando Jesús vino a esta tierra fue para declarar y hacer visible a este maravilloso Dios invisible. Él mismo vino del seno del Padre

para darle a conocer (Jn. 1:18). La intención del Señor es llevarnos a esta relación maravillosa con el Padre. Hoy, como cristianos, como el pueblo de Dios, y no sólo como tal, sino como los hijos del Padre, necesitamos tener una relación de amor íntima con Él. Si no la tenemos, no podremos adorar en realidad, como nos muestra Juan 4, y cuando nos reunamos, sólo adoraremos a un Dios objetivo y muy lejano, como cualquier otra religión que adora a un Dios, al cual no conocen. Pero la adoración de la que nos habla aquí el Señor, requiere una relación íntima con este Dios vivo, aún más íntima que la relación entre un padre y un hijo.

No intentes analizar al Dios Tri-uno, no es posible. Cuanto más intentas explicarlo, más te enredas, hasta que al final estás perdido. Si me preguntas: ¿cómo es esto posible? Te diría que, con Dios todo es posible. Ni tú ni yo podemos estar en dos lugares a la vez, ni tampoco, podemos ser dos personas al mismo tiempo, sería como una esquizofrenia. Pero, Dios es Dios, es tanto el Padre como el Hijo. Es muy complicado entenderlo con la mente humana. ¿Cómo podía estar allí como Padre y estar aquí como Hijo? No lo sé, pero Él es Dios.

Leamos el evangelio de Juan: *“Yo y el Padre uno somos”* (10:30). En esencia son uno. El Padre está en el Hijo, y el Hijo está en el Padre, ¿Cuántos son? Uno. Así lo dice el Señor. Pero, leamos ahora el capítulo 14: *“Habéis oído que Yo os he dicho: Voy, y vengo a vosotros. Si me amarais, os habríais regocijado, porque he dicho que voy al Padre; porque el Padre mayor es que Yo”* (v. 28). ¿A dónde dice el Señor que va? Al Padre; pero, si es uno con el Padre, ¿Por qué tiene que ir a Él? Y sigue diciendo: *“Porque el Padre mayor es que Yo”*. ¿Entonces son uno o son dos? Y, ¿si son uno, cómo puede ser uno mayor que el otro? ¿Cuántos son, entonces? Quizá podríamos decir: "dosuno" (dos-uno). Para nosotros es realmente difícil poderlo comprender. Por un lado, Él y el Padre son uno, tanto en esencia, como en propósito. Verdaderamente uno. El Señor le dijo a Felipe: *“El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre”* (Juan 14:9). Luego, si son uno deben ser lo mismo. Pero, después, el Señor dice: *“El Padre mayor es que Yo”*. Entonces, ¿cuántos son? En el capítulo 10 son uno, y en el capítulo 14, son dos. Sólo Dios puede ser así. Nadie, aparte de Él, puede serlo. Por eso es Dios, un Dios maravilloso. Y esto lo hizo por nosotros, llegando a ser un hombre y revelándonos al Padre (Mt. 11:27). ¿Podría haber una mejor manera de declarar al Dios invisible que haciéndose hombre? Esta es la mejor manera en la que Dios puede revelarse.

Cuando el Señor Jesús vino, lo hizo como un hombre, para mostrarnos al Padre; y como hombre, murió por nosotros, ya que ningún otro podía hacerlo. Ni una vaca, ni una oveja pueden morir por ti. En el Antiguo Testamento, estos animales sólo son tipos, figuras, que nos muestran a Cristo. Sólo Él, un hombre perfecto, estaba cualificado para morir por ti. Como ya hemos dicho, el Señor Jesús vino, en primer lugar, para revelar al Padre. Cuando lo estás viendo a Él, estás viendo al Padre, porque Él y el Padre son uno. El Padre mora y llena al Hijo, y el Hijo está en el Padre. Y como hombre, Él consumó nuestra redención en la cruz. Quisiera preguntarte: ¿Quién murió en la cruz? No digas: “el Padre murió en la cruz”. No. El Padre juzgó al Hijo en la cruz; fue el Hijo quien murió en la cruz. ¿Quién derramó Su sangre? El Hijo. Pero, entonces, ¿cómo es que en Hechos 20, Pablo dice, que Dios compró la iglesia con Su propia sangre (v. 28, LBLA)? ¿Tiene Dios sangre? ¿Tiene el Padre carne y sangre? Por supuesto que no, fue el Hijo el que se hizo hombre para cumplir la redención. Cuando el Hijo derramó Su sangre preciosa por nuestra redención, en realidad, era la sangre de Dios, pero no del Padre, sino del Hijo. Recuerda que el Hijo también es Dios, excepto que, para identificarse con nosotros, se hizo hombre, para tomar nuestro lugar. Sólo Dios puede hacer esto. Ningún otro hombre puede cumplir este misterio. Nadie excepto Dios puede ser Tri-uno.

Por eso, en Juan 1 dice que, en el principio era la Palabra, y la Palabra estaba con Dios, ¿cuántos son? Dos. Y sigue diciendo: y la Palabra era Dios, ¿cuántos son? Uno ¿Son uno o dos? Dos en uno y uno en dos. Dice que Él, el Hijo, estaba en el principio con Dios. Luego, nuevamente son dos. Esto es verdaderamente maravilloso!

Leamos Juan 20. Esta es la meta, el resultado final de la obra de Cristo. Jesús le dijo a María: “*No me toques, porque aún no he subido a Mi Padre; mas ve a Mis hermanos, y diles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios*” (v. 17). Él tenía que ascender al Padre. ¿Cuántos vemos aquí? Dos. “*Mas ve a Mis hermanos*”; ahora nosotros llegamos a ser los hermanos de Cristo. “*Y diles: Subo a Mi Padre y a vuestro Padre, a Mi Dios y a vuestro Dios*”. Este es el resultado de lo que cumplió el Señor en la cruz. El Señor Jesús vino a esta tierra no sólo para la redención, sino para que a partir de esa redención pudiéramos ser regenerados, y ahora, Su Dios llegue a ser nuestro Dios, y Su Padre, nuestro Padre. Este es el resultado de todo este maravilloso evangelio de vida. Todos tenemos que apreciar esto, porque hemos sido introducidos en esa relación maravillosa para que llegemos a ser verdaderos adoradores.

Si Dios no fuera Tri-uno, no podríamos adorarle. En primer lugar, porque, sin Cristo, Él no podría haber llegado a ser tu Padre. Y en segundo lugar, porque para adorar al Padre, necesitas las ofrendas, esto es, a Cristo, como la verdadera ofrenda, para el Padre. No puedes venir a Él con las manos vacías (Dt.16:16).

El Señor dijo: “*Nadie viene al Padre, sino por medio de Mí*” (Juan 14:6). Por eso, cada vez que vengas al Padre, tienes que traerle una ofrenda, tienes que traerle a Cristo.

El objeto de nuestra adoración: el Padre

De cualquier modo, espero que todos los hermanos aprendan a establecer una relación con Dios como su Padre. Recuerda que el Padre es ahora tu Padre. Esto significa que la misma relación que el Señor Jesucristo tenía con Su Padre, ahora puede llegar a ser la tuya. Tienes que establecer una verdadera relación maravillosa y subjetiva con el Padre. De lo contrario, no lo podrás adorar, porque el Padre busca a tales adoradores.

Eventualmente, nuestra adoración a Dios no es como el Creador, como el Todopoderoso, sino como nuestro Padre. Esta es una relación maravillosa. Si no aprendes esto, no comprenderás Juan 4, y tu adoración al Padre no será tan dulce. Sólo algo objetivo. El objeto principal de nuestra adoración es el Padre, y por eso estamos aquí, para satisfacerle.

¿Por qué nos reunimos entorno a la mesa del Señor? ¿Por los santos, para disfrutar al Señor en Su mesa, o por el Padre? Desgraciadamente, la mayoría de nuestras reuniones son para los hermanos y para nosotros mismos, para nuestro disfrute. Pero, desde ahora en adelante, nuestras reuniones tienen que sufrir un cambio, la meta de nuestra reunión debe ser adorar a este Padre maravilloso.

Conocer al Padre y establecer una relación viva con Él, para adorarle

Volvamos nuevamente al capítulo 4 de Juan, con el trasfondo de las palabras del Señor a la mujer samaritana: “*Vosotros adoráis lo que no sabéis*” (v. 22). Tenemos que saber realmente a quién adoramos. Los judíos sabían a quién adoraban, pero lo hacían de forma objetiva y

no de forma subjetiva, puesto que, verdaderamente, no conocían a Dios como su Padre, y rechazaron al Señor Jesucristo. Pero nosotros sí lo sabemos, porque hemos nacido de nuevo, hemos nacido de Dios, y ahora, este Dios maravilloso es nuestro Padre.

Es muy importante conocer a quién adoramos: Adoramos al Padre. Aprende a clamar cada día, y en cualquier momento: “Abba, Padre. Oh, Padre”. Esto, por supuesto, no significa que dejes de invocar el nombre del Señor: “¡Señor Jesús!”, pero clama: “¡Abba, Padre! Padre Amado, quiero conocerte, quiero tener relación contigo”. Esto es muy refrescante. Podemos invocarle en cualquier lugar. Clama al Padre y el espíritu dentro de ti se moverá. Cuando hago esto, no es porque necesito ayuda, sino porque amo al Padre, y quiero sentir Su cercanía. Pablo dice, que Él nos escogió, para que fuésemos santos y sin mancha delante de Él, en amor (Ef. 4).

Adorar en espíritu

Veamos ahora cómo adorar. La mujer samaritana le dijo al Señor: “*Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén es el lugar donde se debe adorar*”. El Señor no discutió con ella sobre cuál era el monte correcto, porque desde ese momento, no se trataba del monte correcto o equivocado, es más, en realidad, no se trataba de ningún lugar físico. La realidad de Jerusalén, hoy, está en el espíritu.

Muchas veces hablamos de la iglesia. Decimos que en cada ciudad debe haber una iglesia. Doctrinalmente esto es lo correcto, sino, ¿cuántas iglesias puede haber en una sola ciudad? Pero esta afirmación: “una ciudad – una iglesia”, no es una definición, sino una situación normal. Si hay muchas iglesias en un solo lugar significa que estamos divididos. Pero, por otro lado, si proclamamos: “una ciudad – una iglesia”, pero no estás en el espíritu, sino en la carne, entonces, será “una ciudad – una iglesia carnal”. Es esto la iglesia? Puedes proclamar que estás sobre “el terreno de la localidad”, que en una ciudad sólo puede haber una iglesia, pero sólo es una doctrina para ti. Si tienes la doctrina correcta, pero todos los hermanos en esa localidad están “muertos”, ¿de qué sirve?

En la era del Antiguo Testamento, el lugar para adorar era Jerusalén, una ciudad física. No tenías más remedio que ir allí. Pero hoy, el énfasis, en la verdadera adoración, es el espíritu. Esto no significa que esta enseñanza: “una ciudad – una iglesia” ya no tenga valor para nosotros, y

que podamos hacer lo que nos dé la gana. ¡No! Pero lo principal es que tú estés en el espíritu, si no lo estás, todo será inútil. Recuerda que la Nueva Jerusalén es la Jerusalén celestial, espiritual. Pedro nos dice, que la iglesia hoy es una casa espiritual edificada con piedras vivas. Si tú y yo estamos espiritualmente “muertos”, seremos dos piedras muertas, y lo que edifiquemos será una “iglesia muerta”. ¿Es esto la iglesia, aunque permanezcamos sobre el terreno correcto? No creas que la iglesia no puede estar “muerta”. Lee lo que el Señor le dice en Apocalipsis 3 a la iglesia en Sardis: “*Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto*” (v. 1). ¿Para qué sirve una iglesia muerta? ¿Cómo puede el Dios vivo tener una iglesia muerta? No importa lo mucho que ames a alguien, una vez que muere, sólo puedes enterrarlo. Santiago dice que el cuerpo sin el espíritu está muerto (Stg. 2:26). Dios es Espíritu, y también es el Dios viviente. Dios no sólo es Espíritu en esencia, sino que, este Espíritu es vida. Si somos un grupo de creyentes “muertos”, ¿cómo vamos a adorar al Dios vivo? Si estás muerto, no puedes adorar al Dios vivo. ¡Es imposible! En los Salmos dice: “*Los muertos no alaban al SEÑOR, ni ninguno de los que descienden al silencio.*” (v. 115: 17). ¿Pueden los muertos hablar? Pero sigue diciendo: “*Pero nosotros bendeciremos al SEÑOR desde ahora y para siempre. ¡Aleluya!*” (v. 18). Por eso tenemos que estar en el espíritu, porque Dios es Espíritu.

El Señor Jesús y el Consolador

En Juan 3 leímos que hemos nacido del Espíritu, leamos ahora, Juan 14 para ver lo que nos dice del Espíritu: “*y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre:* (Ahora se mencionan tres: El Señor, el Padre, y el Consolador) *el Espíritu de verdad, (Esto significa que este Espíritu es la sustancia del Padre y del Hijo) al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros*” (vs. 16-17). La pregunta sería: ¿Estaba ya allí el Consolador o no? ¿Había sido ya enviado o todavía no? ¿Y por qué dice: vosotros le conocéis? ¿Cómo puedes conocer a alguien que aún no ha venido? Y no sólo dice que lo conocen sino que está con ellos. ¿Quién es el que estaba con ellos en ese momento? El Señor Jesús. Pero el Señor Jesús, que estaba con ellos, dice que les va a enviar a otro Consolador. ¿Si el Espíritu ya está con ellos allí, para qué tiene que enviarlo? En realidad, ese Consolador es el Señor mismo, el cual vendrá a ellos como el Espíritu Santo para morar dentro de ellos. Presta atención a la gramática, al tiempo verbal: “*porque mora con vosotros*”, tiempo presente; y: “*estará en vosotros*”, futuro. Eso significa que el Espíritu que el Señor va a enviar es en realidad el mismo Señor. Parece que son dos, pero son uno. En aquel

entonces el Señor no estaba en ellos, pero cuando viniera el Espíritu Santo, entraría en ellos. Luego, el Señor Jesucristo y el Espíritu Santo, ¿son uno o dos? son dos en uno uno en dos.

El versículo 18 es extraño: “*No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros.*” Dice: “Yo vendré”, no “Él vendrá”. ¿Pero, cómo puede ser esto, si Él se va a ir y va a enviar al Consolador? ¿Creéis que el Señor se equivocó de pronombre? ¿Cambió Yo por Él? ¿No debería haber dicho: “Él vendrá a vosotros”? Si le envió a Él, es “Él” el que tendría que venir, no “Yo”. Pero el Señor dice: “Yo vendré a vosotros”. ¿Cuántos son? Dos en uno. El Espíritu Santo no sólo es el Espíritu de Dios, sino que es el Espíritu de Cristo, y Cristo mismo, el que ahora está en nosotros. Estos son hechos reales, no tienes que analizarlos. No digas: ¿cómo puede ser esto? Para el hombre es imposible, pero, para Dios todo es posible.

Leamos Romanos 8: “*Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros*” (v. 9). ¿Quién mora en ti? El Espíritu de Dios. “*Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él*”. Luego el Espíritu de Dios es también el Espíritu de Cristo. ¿Cuántos Espíritus hay? Uno solo. “*Pero si Cristo está en vosotros*” (v. 10). ¿Pero no acaba de decir que es el Espíritu de Cristo? Entonces, ¿Quién es el Espíritu de Cristo? Es Cristo mismo. Deberías decirle a Dios: ¿por qué es tan complicado? Él te dirá: “Porque tú eres complicado, es por causa tuya”.

El Señor resucitó, y fue hecho el Espíritu vivificante (1.Co. 15:45) para morar en ti, pero está sentado en los cielos a la diestra del Padre. Entonces: ¿Dónde está Él hoy? En los cielos y en ti. No se puede explicar, sólo podemos decir que es maravilloso.

La Unción Santa nos enseña

Recuerda que los tres son uno, pero al mismo tiempo hay una distinción para tu experiencia. Ahora, la Unción Santa mora en ti, y te vivifica, pero al mismo tiempo es Cristo, quien es esa vida, la cual no puede estar en ti sin el Espíritu Santo. Y el Señor, quien es el Espíritu, físicamente está sentado a la diestra de Dios como un hombre, pero espiritualmente, es el Espíritu Santo ahora en ti, siendo todo lo que Cristo es para ti, enseñándote todas las cosas, y guiándote a la realidad. Lo único que tienes que hacer ahora es vivir y andar por Él. Si le dices al Señor: “Enseñame”, Él te dirá: “pídeselo al Espíritu. Yo estoy en el trono, estoy intercediendo por ti”. Es el Espíritu Santo, la Unción, la que te enseña todas las cosas. ¿Hablas con

el Espíritu Santo? Dile: “Haz Tu obra en mí, enséñame”. El Salmo 25: 4 dice: “*SEÑOR, muéstrame Tus caminos, y enséñame Tus sendas.*” El Espíritu nos enseña los caminos y las sendas de Dios. ¿Quién te puede enseñar los caminos, las líneas generales, y las sendas, los detalles de Su voluntad, sino el Espíritu Santo dentro de ti, Quién es la Unción que te enseña todas las cosas? ¿Confías en Él? ¿Lo experimentas? Tienes que orar: “Señor Espíritu, enséñame hoy, especialmente Tus caminos y Tus sendas, lo que quieres hacer ahora, para que pueda alcanzar la meta”. Hasta que el Señor vuelva, quedan muchas pequeñas sendas que debemos tomar, siguiendo al Cordero por donde quiera que va. Esto significa que Él no para. Si se parara, no habría necesidad de seguirlo. Pero si está moviéndose continuamente, y tú te paras, no es una buena señal. Hermanos, no quiero pararme o estancarme, no quiero permanecer en lo que Él hizo hace 50 años, ni 30, ni 10, ni el año pasado, sino en lo que está haciendo ahora. Tienes que avanzar. No te pares. Por eso el Espíritu Santo está en nuestro espíritu, y somos un espíritu con el Señor. La verdadera edificación es cuando tú estás en el espíritu, yo estoy en el espíritu, y todos estamos en el espíritu, entonces seremos verdaderamente edificados y creceremos juntos en unidad. Porque si estás en la carne, la tradición, y la religión, nada podremos hacer. Pero si estamos en el espíritu, será como un imán, seremos atraídos unos a otros y de forma conjunta, de espíritu a espíritu. Pero, si tú no estás en el espíritu, sino en la tradición, en la carne, en tu ego, o en Babilonia, practicando lo que hacía tu tatarabuelo, o tu bisabuelo, etc., hace no sé cuántos años, no podremos ser edificados. Sólo si estamos en el espíritu, seremos capaces de deshacernos de todas estas cosas. Por eso, la Palabra dice que para nacer de nuevo tienes que nacer del agua, porque el agua limpia y trata con todo el pasado; y del Espíritu, el cual trae todo lo que es de Dios dentro de ti. Necesitamos el Espíritu. Sin el Espíritu es imposible adorar a Dios. Recuerda que nuestra Jerusalén hoy no está en Palestina, nuestra Jerusalén hoy es celestial, es la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, Sión. Recordad Hebreos 12: “*Vosotros, en cambio, os habéis acercado al monte Sión y a la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y a miríadas de ángeles, a la asamblea general e iglesia de los primogénitos que están inscritos en los cielos, y a Dios, el Juez de todos, y a los espíritus de los justos hechos ya perfectos,*” (vs. 22-23). En estos versículos encontramos a Sión, la ciudad del Dios vivo, la Jerusalén celestial, y el Espíritu, esto es el reino, un reino incommovible (v. 28). Esto tiene mucho que ver con el reino, porque Jerusalén, Sión, es tanto el lugar de adoración, como la ciudad del Gran Rey, para Su reino. En el reino milenarío todas las naciones vendrán a Jerusalén a adorar al Gran Rey.

Vivir por el Espíritu y llevar Sus frutos para la verdadera adoración

Durante muchos años hemos hablado del Espíritu y para algunos esto se ha convertido casi en un eslogan, pero yo no quiero que sepáis sólo acerca de Él, sino más bien, que viváis y andéis a través de Él, para llevar Sus frutos, los frutos del Espíritu. ¿De qué sirve saber sólo sobre Él? Cuando era joven le dije al Señor: “No quiero sólo saber que tengo el Espíritu, sino que quiero aprender, cómo andar y vivir a través de Él”. Quiero conocerlo de una manera subjetiva. Muchas personas conocen el Espíritu, pero no se trata de conocimiento solamente, sino más bien dónde nos encontramos. ¿Cómo vivimos? ¿Andamos según el Espíritu como nos muestra Gálatas 5 o solemos estar y vivir normalmente en la carne, luchando contra el Espíritu? Y si estás andando según el Espíritu, se verán los frutos del Espíritu brotando de ti: el amor, la paciencia, el amor hacia los santos, la longanimidad, etc. Y todas las virtudes de Cristo. Si andas por el Espíritu, pero no se ven esas virtudes de Cristo, quizás te estés engañando a ti mismo. Si andas por el Espíritu estarás en una esfera diferente. Realmente disfrutarás de los frutos del Espíritu. Por eso digo que la Nueva Jerusalén, la Jerusalén celestial es edificada en el Espíritu. Si no estamos en el Espíritu, no podremos adorar. Es posible que cantemos unos cánticos maravillosos, y hagamos muchas obras maravillosas, pero estar en el Espíritu es algo diferente. Quiera el Señor ayudarnos. Esta es la primera condición para la verdadera adoración – en el Espíritu y en verdad, porque Dios es Espíritu. No hay otra manera, ni en la carne, ni en el alma, sino en el espíritu.

Montrose (PA), 30.08.2014 JS